

Con la aparición del presente tomo, RUNA alcanza cinco lustros de existencia. En el prólogo de su primer volumen, el entonces Director del Instituto de Antropología, José Imbelloni, se preguntaba con cierta ansiedad "...cuánto durará el edificio". El interrogante iba en verdad acompañado de cierta duda en cuanto a su continuidad por el papel que Imbelloni atribuía al "...espíritu de inercia, el afán desmedido de novedades y en mayor escala... un equivocado sentido de la individualidad"; actitudes todas estas que, por cierto, condicionaron a veces los destinos de las publicaciones argentinas en el campo de las Ciencias del Hombre. Afortunadamente, las dudas que expresaba el fundador de la revista quedaron desmentidas por los hechos y él, sin duda, hubiera sido el primero en regocijarse de ello. Después de Imbelloni ocuparon sucesivamente la Dirección del Instituto de Antropología el Profesor Salvador Canals Frau, el Profesor Enrique Palavecino y el que firma estas líneas. Los hombres han pasado pero la revista ha llegado a su XI volumen, superando inercias y personalismos y además, todos los cambios que sufriera la vida académica durante los últimos veinte años. El material que ha aparecido en sus páginas pertenece ya al patrimonio internacional relativo al conocimiento del hombre y, sin falsas modestias, consideramos que ha contribuido no poco al esclarecimiento de los problemas antropológicos de América y de otras partes del mundo.

Al prologar, como director, a este XI volumen de RUNA, me siento inclinado a tener una visión más optimista acerca de su porvenir de la que tuviera su fundador. RUNA se integra hoy en día en un ambiente antropológico más maduro que el de 1948. Las Ciencias del Hombre en Argentina han progresado en extensión y en profundidad. Han surgido carreras especializadas en Antropología, en Buenos Aires, La Plata y en otras Universidades del país. Ha aumentado el interés del público culto hacia las diferentes ramas de la antropología y los grandes problemas del hombre contemporáneo que los resultados de aquellas ayudan a aclarar. Las esferas de gobierno y los organismos técnicos han comprendido el importante papel del antropólogo como asesor en todo aquello que tiene que ver de algún modo con el cambio cultural. Los más de mil estudiantes y especialistas en Ciencias Antropológicas constituyen ya una fuerza viva y moderna en la intelectualidad argentina, que aporta día tras día sus conocimientos y sus inquietudes al desarrollo de la cultura nacional.

Todo esto me hace mirar con confianza el porvenir de RUNA, en el convencimiento de que no le faltará el apoyo y el esfuerzo de las Autoridades y de los colegas para que sus páginas sigan contribuyendo al desarrollo de la antropología argentina y a difundir los resultados de la labor de nuestros investigadores entre los colegas de todo el mundo.

La libertad de investigar y de dar libremente a conocer los resultados de sus trabajos, patrimonio inalienable de todo hombre de ciencia, no hace posible que el responsable de una revista científica establezca directivas en cuanto a su contenido. RUNA estuvo y estará abierta a todas las tendencias y a todas las escuelas. Si alguna acción podrá ejercerse desde esta dirección será tan solo en la obvia selección de los trabajos a publicarse sobre la base de su calidad científica. Y por calidad científica entendemos, no sólo el dominio de los conocimientos y de las técnicas necesarias para llevar a cabo una investigación, sino también el valor intrínseco de sus resultados, el que puede fácilmente juzgarse en base a la posibilidad que éstos tengan de ser integrados en una problemática antropológica más vasta. Con este proceder RUNA quiere seguir una línea que, de un modo más o menos continuo, mantuvo a lo largo de sus veinte años de vida; una línea que no le fue impuesta desde afuera sino que ha sido la expresión de ese afán de universalidad que caracteriza a los antropólogos de este país que la han honrado con sus escritos.

Al finalizar estas líneas me cabe recordar dos colegas desaparecidos a quienes RUNA debe gran parte de su existencia: el Dr. José Imbelloni, fallecido a fines de 1967 y el Prof. Enrique Palavecino, desaparecido en 1965. Esperamos concretar en los próximos números nuestro respeto y admiración para estos maestros, dedicándoles los trabajos que en ellos aparezcan.

MARCELO BÓRMIDA